

El Orinoco es un río que á cierta distancia de Trinidad, desemboca en el mar con tal ímpetu, que hace muy peligrosa la navegacion. Las olas aglomeradas chocan y se estrellan unas con otras, y desgraciado el navío que se deja arrebatar por aquel torbellino, porque se espone á ser hecho pedazos. Las naves de Colon corrieron este peligro, envueltas en aquella lucha espantosa de las olas, tan pronto levantadas hasta el cielo, tan pronto hundiéndose en el abismo.

Colon necesitó toda su habilidad para salir de aquella posicion, por un estrecho tan horrible, que le llamó *la boca del Dragon*, y está situado entre Trinidad y la costa de Cumana, que forma parte de la Tierra Firme. Colon habia por consiguiente descubierto el continente de América, y la vista de un río tan caudaloso como el Orinoco, saliendo de aquella tierra, le habia convencido de que no podía ser una isla.

No dudando de que por fin habia encontrado el continente americano, siguió el rumbo al Oeste á lo largo de la costa, á la que bajó varias veces. Los habitantes que halló eran parecidos á los de la isla Española, de los que se distinguían sin embargo, por su inteligencia, valor y blancura de su cutis. Su adorno se componia de hojas de oro y de perlas que cambiaban con gusto por juguetes de Europa. Uno de ellos se acercó un día á Colon y quitándole la caceza su gorra de terciopelo carmesí, le puso una corona de oro. Suponiendo con algun fun-

damento que fuese un cacique, Colon le manifestó mucho agrado y le hizo regalos.

Los indígenas se rodeaban á la cabeza un pañuelo de algodón de diversos colores; otra pieza de la misma tela les cubria por delante desde la cintura á las rodillas, llevaban una larga cabellera y usaban arcos, flechas y escudos.

Colon deseaba explorar lo interior del país; pero su mala salud y las averías de sus navíos le obligaron á volver á la isla Española. Navegando hácia ella, descubrió la isla Margarita, celebre despues por la pesca de perlas, y llegó por fin á su colonia, donde esperaba gozar algun descanso despues de las penosas fatigas de tan largo viaje. Pero este momento de reposo estaba aun lejano para Colon: nuevas pesadumbres y peligros le esperaban en la colonia donde dejó á su hermano Bartolomé, y su valor y su salud van á verse sometidos á otras terribles pruebas.

Durante la ausencia de su hermano, Bartolomé habia conducido los colonos de la Isabela á otro paraje preferible bajo todos aspectos al que abandonaban, y habia echado los cimientos de una ciudad, á la que habia dado el nombre de Santo Domingo, en honor de Domingo su padre. Esta ciudad, floreciente hoy día, ha sido por mucho tiempo una de las mas considerables de las Indias occidentales y ha dado su nombre á toda la isla.

Cuando Bartolomé hubo terminado el establecimiento de esta nueva colonia, se dirigió con parte

de su gente, hacía los parajes de la isla en que el almirante no había penetrado aun, con el fin de visitarlos, y dejó al gran juez Roldan en Santo Domingo con el resto de las tropas. Este hombre correspondió á la confianza del gobernador con la mas negra ingratitud: buscando medios de perder á los dos hermanos y apoderarse de la autoridad esclusiva en la isla, encontró la ocasion oportuna en la partida de Bartolomé y en la distancia de Colon, esforzándose con sus pérfidas intrigas á rebelar contra ellos los españoles que mandaba. Consiguió en efecto interesar á la mayor parte en sus proyectos y hacerles cómplices de su ambicion criminal. Hizo que le eligiesen por jefe, y tomando las armas contra el adelantado, se apoderó de todas las provisiones y aun trató de hacerlo del fuerte construido en Santo Domingo. La vigilancia del comandante, fiel á su deber, hizo malograr esta tentativa, y Roldan con los españoles comprometidos en su rebelion tuvo que retirarse á otros parajes de la isla. Dedicáronse entonces á reclutar partidarios entre los indios que en ella habitaban, y se dieron tan buena maña con sus pérfidas sugerencias, que en breve tiempo toda la isla reconoció el dominio de Roldan.

Aun no habian llegado los tres navíos cargados de víveres que Colon habia despachado desde Canarias. Era de presumir que hubiesen perecido; pero aunque no habia llegado este caso, el almirante podia contarlos por perdidos. Las tempestades y las corrientes habian apartado á estas naves de su

derrotero, y despues de andar por mucho tiempo errantes sobre las olas, abordaron por fin á la isla Española, en el paraje ocupado por Roldan y sus cómplices. Roldan se guardó muy bien de dar parte de su rebelion á los comandantes de los tres navíos, y les hizo desembarcar parte de su gente, que se ofreció á conducir hasta Santo Domingo. Tuvo esta astucia el resultado que él se habia prometido, porque así que los desembarcados, hombres que la mayor parte salian de las prisiones de España, entendieron los proyectos de Roldan, se alistaron bajo sus banderas, porque allí habia mas esperanzas de pillaje. De este modo Colon expió, bien á costa suya, el funesto consejo que habia dado al gobierno español.

La llegada de los tres navíos, que entraron en la rada de Santo Domingo pocos dias despues del regreso de Colon, no podia servirle de mucha utilidad, habiendo desembarcado en otra parte de la isla casi todas las tropas que traia, y consumido las provisiones que estaban á bordo, durante tan larga travesía. Roldan orgulloso con su superioridad y uniendo la insolencia á la perfidia, se burlaba con sus ironías de la debilidad del almirante, privado de los medios de recobrar su autoridad.

Indignado de tan infame conducta, Colon deseoso de castigar á un traidor y vengar su injuria, tuvo impulso de ponerse á la cabeza de los pocos soldados que le eran adictos é ir á atacar á Roldan. Pareciale preferible la muerte en el campo de bata-

lla, al oprobio de aguantar con los brazos cruzados los ultrajes de los revoltosos. Colon, sin embargo, sacrificó sus resentimientos á los intereses de la naciente colonia, impuso silencio á su amor propio, que le aconsejaba el violento extremo de la venganza, y estrechado con la idea de una guerra civil, intentó solo por la dulzura el que los revoltosos entrasen en la senda del deber.

Su primer cuidado fué publicar un indulto general para todos los que abandonasen el estandarte de la rebelion: entró en negociaciones con Roldan, al que prometió tambien el olvido de lo pasado y conservarle en el alto destino que ejercia anteriormente. Estas negociaciones fueron muy despacio y causaron muchos disgustos al almirante; pero al fin consiguió lo que anhelaba: pudo felicitarle de haber evitado la efusion de sangre y hecho renacer la concordia y la paz en la isla, por el único medio de la conciliacion.

Despachó al instante un navío á España, para anunciar á la corte el descubrimiento de la Tierra Firme y la rebelion que habia reprimido. Enviaba muestras de las producciones del continente, que consistian en perlas, riele de oro, telas de diversos colores de un tejido muy fino. Con esta remesa iba unido el diario ó registro en que habia anotado con rigorosa exactitud el itinerario de sus embarcaciones y consignado los hechos mas notables de la expedicion. Roldan y sus cómplices enviaron tambien por su parte al rey de España una memoria en que

se disculpaban acusando al almirante, y las calumnias de súbditos rebeldes prevalecieron en el ánimo del monarca mas que la verdad fielmente expresada en el informe de Colon.

Es preciso detenerse aquí un momento, para dirigir una ojeada á otra parte del mundo, donde se verificaban sucesos de grande importancia mientras que Colon continuaba sus exploraciones y descubrimientos en las Indias occidentales.

El rey de Portugal se habia arrepentido, aunque tarde, del error que le habia hecho rehusar tan desdenosamente las ofrendas de Colon, y deseoso de reparar cuanto le fuese posible la falta cometida y de ilustrar su nombre con la gloria de una grande empresa, se decidió á hacer gastos considerables para encontrar al rededor del Africa el camino de las Indias orientales, camino que se buscaba en vano hacia ya mucho tiempo. Hizo, pues, equipar una escuadra y confió el mando á Vasco de Gama, marino que á sus profundos conocimientos y talento superior, reunia una experiencia consumada.

Como Cristóbal Colon, Gama tuvo que vencer dificultades al parecer insuperables; pero triunfó como Colon, porque tenia la firmeza de carácter, á la que nada podia distraer de la ejecucion de los proyectos una vez formados. Así en vano las costas de Africa, que iba reconociendo por primera vez, le presentan largas cadenas erizadas de rocas, porque él salva impávido sus escollos y sus bancos de arena: en vano las borrascas y los huracanes desencadenan

contra él todos sus furores para hacer pedazos sus naves construidas sin arte y sin solidez; su valor inalterable vence todos estos obstáculos, supera todas las barreras que se oponen á su audacia, y llega por fin al cabo de Buena Esperanza que es la punta mas meridional del Africa. No contento con esto, dobla el cabo, y avanzando por el lado opuesto, llega á Melinda, situada en la costa de Zanguebar.

Esperaba encontrar naciones bárbaras y salvajes como las que habia visto por las costas de Africa; mas fué agradablemente sorprendido, hallando en Melinda un pueblo cuya avanzada civilizacion recordaba la del Asia. Profesaban la religion mahometana, mantenian activas relaciones de estenso comercio con los extranjeros y aun cultivaban algunas artes de Europa.

Gama ya no dudó de la consecucion de su empresa: lleno de confianza y de audacia, volvió á hacerse á la vela, y el 22 de mayo de 1498 llegó á la costa de la India, que era el objeto de sus deseos y el término de su empresa.

Desembarcó en Calicut, en la costa de Malabar, en la península mas acá del Ganges. La riqueza del país, fértil en producciones preciosas de toda especie, la sabiduría de su gobierno regular, la bondad de sus habitantes escitaron la admiracion del jefe portugués; pero tuvo que parar allí poco tiempo, á causa de que los indios se manifestaban poco dispuestos á cambiar sus ricas mercancías por aquellas bagatelas que tanto apetecian los salvajes. Se

apresuró á volver á Europa, para anunciar á su rey el brillante resultado conseguido por la expedicion.

Ciertamente que si alguna cosa debe sorprender, es la coincidencia de las arriesgadas expediciones de los dos navegantes y la simultaneidad de su triunfo. Casi en el momento en que Colon descubria el nuevo mundo, la audacia de un navegante portugués relacionaba con la Europa otra parte del globo, ya conocida, es verdad, pero de la que los europeos habian sacado hasta entonces muy poco provecho. Desde esta época todas las riquezas de la India desembarcaban en los puertos del reino de Portugal. Tanta prosperidad escitó la emulacion de los españoles, que á vista de los tesoros recogidos por sus vecinos, se quejaban altamente de la esterilidad y aun inutilidad de sus descubrimientos, que ni siquiera les habian indemnizado del gasto que ocasionaron.

Entonces la aficion á lejanas exploraciones se apoderó de todos los espíritus atormentados con el deseo de hacer descubrimientos: vióse entonces á reyes y repúblicas, nobles y plebeyos, rivalizar en ardor para lanzarse á esta peligrosa carrera, equipar navíos y contribuir á los gastos que exigian remotas expediciones. Uno de los españoles que habian acompañado á Colon en su segundo viaje, determinó á muchos negociantes de Sevilla á que armasen algunos navíos, poniéndolos á sus órdenes para hacer nuevos descubrimientos. Este hombre,

llamado Ojeda, pidió al gobierno permiso para emprender este viaje y le fué concedido sin consultar á Colon. El departamento de las Indias occidentales era dirigido en aquella época por el obispo de Badajoz, ministro del rey y enemigo declarado de Colon. No satisfecho el odio de este indigno ministro con humillar á Colon, no sometiéndole el proyecto y pretensiones de Ojeda, no tuvo reparo en comunicar á este último, para que le dirigiesen en su expedicion, el diario y cartas marinas del almirante.

Ojeda se asoció para la ejecucion de su empresa con un gentil-hombre italiano llamado Amerigo Vespucci, ó segun otros, Américo Vespucio. Algunos historiadores aseguran que Américo era negociante de Florencia y que habia nacido hácia el año de 1451. Educado por Antonio Vespucio, su tío, que dirigia una escuela frecuentada por la juventud noble de Florencia, se distinguió por su aplicacion á la fisica y ciencias matemáticas, haciéndose uno de los hombres mas instruidos de su siglo. Así es que no tardó en ejercer grande influencia sobre todos sus compañeros por el ascendiente de su esperiencia y alta capacidad. Logrando ser el jefe verdadero de la expedicion, llegó al golfo de Paria siguiendo el mismo rumbo de Colon, desembarcó muchas veces para hacer cambios con los indios, despues siguió á lo largo de la costa para cerciorarse de que aquella tierra formaba parte de un continente. Cuando ya no le fué posible dudarle, regresó á España, donde hizo valer con tanta habilidad

y fortuna los resultados de su viaje, que consiguió se echasen en olvido los derechos y los títulos de Colon al honor de un descubrimiento tan importante y tan glorioso.

La modestia es inseparable de la verdadera grandeza: el hombre de genio, el que merece realmente este nombre, es extraño á todos los cálculos de la vanidad y á las intrigas de la medianía ambiciosa: espera la gloria sin buscarla, porque la espera de la justicia de sus compatriotas ó de la posteridad.

Tal se habia siempre manifestado Colon: al dirigir á la corte de España el diario de su viaje, no habia tenido mas objeto que el de instruirla. Nunca habia pensado en publicarle, precaviéndose de este modo contra una usurpacion que no tenia motivo de sospechar. Américo Vespucio, por el contrario, con el orgullo de las almas mezquinas, queria obtener á toda costa un renombre que no merecia. Así, apenas estuvo de vuelta en España, esparció relaciones pomposas de sus viajes, y como estas relaciones estaban escritas con cierta destreza, se llegó á creer sobre su palabra al hombre que mientras Colon guardaba silencio, se alababa de haber descubierto el primero la Tierra Firme. Acostumbráronse á considerarlo como el verdadero autor de este descubrimiento, y arrebató de esta suerte á Colon el honor de imponer su nombre á esta cuarta parte del mundo, que fué llamada América.

Desde entonces se multiplicaron las expediciones y viajes con el objeto de descubrir nuevas tierras,

El rey de Portugal, queriendo sacar partido del descubrimiento del camino para la India oriental hecho por Vasco de Gama, mandó equipar una flota cargada de mercaderías de todas clases y confió su mando á Cabral. Conociendo éste los peligros de una navegacion á lo largo de las costas de Africa, se dirigió al Oeste al través del grande Océano. Apenas hubo pasado la línea, una violenta tempestad le arrojó á costas totalmente desconocidas. Reconoció con la mayor sorpresa que pertenecian á una tierra muy dilatada, y no á una isla, conforme habia creído á lo primero. La casualidad habia hecho á Cabral que descubriese el rico Brasil, del que tomó posesion en nombre del rey de Portugal. Le llamó Santa Cruz en honor de la cruz que habia fijado, y envió uno de sus navíos á Lisboa para dar parte de tan feliz descubrimiento, acaecido en el año de 1500.

Facilísimo hubiera sido á Colon en su tercer viaje, seguir una costa que le habria conducido hasta las Amazonas, despues de haber descubiertos la isla de la Trinidad [1] y las bocas del Orinoco; pero siem-

[1] Colon en este y sus anteriores viajes, descubrió y reconoció muchas mas islas que las que se refieren en esta obra. Tales fueron Monserrate, Santa María la Redonda, Santa Cruz, La Mona, El Monito, Santa Ursula, etc. Hubiera reconocido muchas mas á no temer aventurarse con sus naves en los bajíos que las circundaban.—Nota del traductor.

pre dominado por la ilusion de hallar un camino á la costa oriental de las Indias, siguiendo el mar que se prolonga entre la Tierra Firme al Mediodiay la Florida al Norte, abandonó unas tentativas que tan brillantes resultados pudieran haber producido á la España. Contribuia no poco á su pronto regreso el cuidado de la naciente colonia.

Nótese al paso que el gobierno portugués, dueño del Brasil, inauguró su toma de posesion, con la misma falta que tan perjudicial debia ser á las colonias españolas. Este gobierno, tan imprudente como el de España, envió como primeros colonos al Brasil, los criminales y mujeres de mala vida de que se queria limpiar el Portugal. La corte de Lisboa no se tomaba entonces el mayor interés por este nuevo establecimiento, que tanta importancia habia de adquirir en lo sucesivo. El comercio participaba tambien de esta indiferencia, pues solo se traian maderas de tinte, micos y papagayos. Todo esto no costaba mas que los gastos de transporte y se vendia pronta y ventajosamente en los diversos paises de Europa.

Mas adelante, el gobierno señaló á algunos señores provincias enteras, esperando que tan liberal medida fuese un medio de hacer que las poblasen; en fin, puso el Brasil en arrendamiento, contentándose el rey con una soberanía casi nominal. Solo al cabo de cerca de cincuenta años fué cuando se establecieron á lo largo de la costa diversos pueblos, de los cuales los cinco primeros eran Tamara-ca, Fernambuco, Ileos, Puerto-Seguro y San Vicente.